

La intensidad concentrada

El Capitán Trueno cumple 50 años

Felipe Hernández Cava*



Como homenaje a los 50 años del nacimiento de El Capitán Trueno, Felipe Hernández Cava, guionista de historietas, echa la vista atrás, rememora su infancia en la que los tebeos, y también el cine y los amigos, contribuyeron a modelar su carácter y el de muchos otros niños de la época. Culpa a sus héroes de ficción, entre los que estaba este cruzado cincuentón, de haberle inculcado una serie de valores, de haber sido una «escuela de ética». A partir de ahí, traza una semblanza del héroe y de su creador, Víctor Mora, sin olvidar a los dibujantes que le dieron vida. El Capitán Trueno fue un personaje que con sus aventuras ayudó a paliar el tedio en esa época gris de los 50 y los 60.

«A Asun Balzola, sibila de la remem-
branza»

Decía Leonardo Sciascia, a propósito de un estudio sobre Flaubert, que «todo lo que en la vida acontece —incluso lo que aparece en forma de circunstancia externa, casualmente— se puede decir que ha sucedido en los diez primeros años de nuestra existencia. En el sentido de que ya en los primeros diez años podemos tener el presentimiento, la premonición, la prefiguración, la semilla. Somos en esencia y en nuestro modo de ser lo que los lugares, las personas, los acontecimientos y los objetos han suscitado, diseñado y grabado dentro de nosotros en esos diez primeros años de vida».

Hay psicólogos, sin embargo, que acortan o alargan esa linde de los diez años, pero en mi caso coincidieron plenamente con la primera casa en que viví en uno de los barrios más populares de Madrid, Lavapiés, con un primer colegio público, con los huéspedes que cíclicamente ocupaban algunas habitaciones de lo que entonces fue mi hogar, y, sobre todo, con un tiempo en el que mis padres callaban sobre una guerra que los había colocado en el bando de los perdedores.

En esos primeros diez años, los amigos, el cine y los tebeos envolvieron mi infancia, como la de casi todos los niños de aquel tiempo, forjando un mundo paralelo de anhelos y, aunque he tardado en comprenderlo, modelando mi actual carácter. El hecho de que mi padre trabajase de sol a sol y mi madre tuviera que ocuparse especialmente de mi hermano, poliomielítico desde que contrajo esa enfermedad a los quince meses, hizo de mí un muchacho retraído que soñaba con ser Rudi Bartoli, el hijo de Dardo (*El halcón y la flecha*), o con hallar la amistad de un globo rojo (la conmovedora película de Albert Lamorisse), a la espera de hacerme mayor y comportarme con la rectitud del *sheriff* Will Kane (*Solo ante el peligro*) o el temple, pese a que como a él la fuerza bruta no me asistía, de Ranse Stoddard (*El hombre que mató a Liberty Valance*).



Portada del primer número de la serie aparecida en 1956, dibujada por Ambrós.



El Capitán Trueno empezó su andadura en Palestina, a finales del siglo XII, como un cruzado junto a Ricardo Corazón de León, como se demuestra en estas viñetas.

Todavía hoy, cuando, venciendo el miedo, hablo en momentos en los que por prudencia debería callar, y más en una época —que dura ya demasiado— de interesada indefinición, culpo luego a los que fueron mis héroes de ficción de haberme inculcado una serie de valores

que no son precisamente los más convenientes para el triunfo social. Algunos de esos modelos me fueron dados por las pantallas de los cines de barrio, salas de programa doble, y también por mis primeros libros, como *Corazón*, de Edmundo de Amicis o *Robinson Crusoe*,

de Defoe, pero otros los hallé en las páginas de los tebeos que, más allá de entretenerme, me imbuían de principios como la lealtad que se les debe a los amigos, la solidaridad con los débiles, o la importancia de defender la libertad aun a riesgo de empeñar la vida («Yo soy Espartaco», «No, yo soy Espartaco», «No, yo soy Espartaco»...).

La espada y la palabra

El Capitán Trueno apareció en 1956. Lo había concebido Víctor Mora, que tenía entonces 24 años, y al que luego yo trataría en Premià de Mar, primero, y en París, después, donde era un escritor respetado y comprometido con el partido comunista. Víctor era un hijo de exiliados con una infancia y una juventud llena de sinsabores que parecían no haberle herido, aunque sí habían marcado su comportamiento y sus quimeras. Su sueño, como el mío, había sido el de dibujar, pero tenía mejores dotes para escribir y el buen criterio de uno de los responsables de Editorial Brujuna, Rafael González, le encauzó por ese camino.

El Capitán Trueno era el tebeo que mis padres le compraban a mi hermano semanalmente, un éxito de ventas que alcanzaría los 350.000 ejemplares. El mío era *El Jabato*, que también escribía Mora, y que apareció dos años más tarde. Pero en aquellos tiempos un tebeo, hasta el *Sissi* de mi hermana, era de todos. Nos los prestábamos, y también los cambiábamos en unas tiendas que olían a polvo y humedad, grutas de maravillas, para poder estar al tanto de las vicisitudes de un sinfín de personajes que la estrecha economía de nuestras familias no permitía seguir regularmente.

Cuando yo descubrí *El Capitán Trueno* habían aparecido ya muchos cuadernillos, de modo que no sabía que aquel héroe había empezado su andadura en Palestina, a finales del siglo XII, como un cruzado español amigo de Ricardo Corazón de León, un rey con el que estaba familiarizado por alguna de las reposiciones del *Robin de los bosques*, de Michael Curtiz (a cuyo fraile siempre me recordaría Goliath, el gigante amigo de Trueno). Pero Mora, que manejaba muy bien



En los mismos años que triunfaba *El Capitán Trueno* también lo hacía *El Guerrero del Antifaz*. Nunca compartieron aventuras, pero Ambrós los reunió en este dibujo (El gran libro del *Capitán Trueno*, Ediciones B, 2006).

en aquellos tebeos los resortes del mejor folletín, como hoy hacen en los culebrones de la televisión, subrayaba una y otra vez el arquetipo de los personajes con el suficiente virtuosismo para que enseguida nos resultaran familiares. Es más: todos ellos nos eran ya totalmente próxi-

mos y predecibles tanto por su porte como por su idiosincrasia, que tal es una de las virtudes de la codificación de los géneros, desde el primer instante en que la vista ansiosa los sorprendía en el papel. Y no porque Víctor Mora los hubiera plagiado, sino porque nuestro imagina-

Ambrós fue el creador gráfico de El Capitán Trueno, pero luego ha habido muchos otros dibujantes que han ilustrado sus aventuras. Uno de ellos fue Ángel Pardo. Las diferencias entre los dos artistas están a la vista.



EL GRAN LIBRO DEL CAPITÁN TRUENO, EDICIONES B, 2006.

rio de la esencia de la aventura estaba ya poblado de patrones muy similares.

Cuando he tenido que dar clases de guión, a menudo he recurrido a una cita de Ortega y Gasset extraída de *Ideas sobre la novela y el arte*: «Buscando el éxito de las películas de episodios, he hallado que aquél procede, no del argumento, sino de los personajes. No nos importa lo que hagan; nos gusta verlos entrar y salir y moverse. No nos interesan por lo que hagan, sino, al revés, cualquier cosa que hagan nos interesa por ser ellos quienes lo hacen».

Y así era, en efecto, en el universo de aquellos cuadernillos. Con el auxilio de grandes dibujantes como Ambrós, que conformó toda una estética de clasicismo dinámico, o de Ángel Pardo, que lo llevó al terreno de la claridad y la alegría de la épica, o de Fuentes Man, que lo empujó hacia una suerte de goticismo romántico, y de otros no tan grandes, pero eficaces, Víctor Mora ponía en pie

unos personajes a los que cada semana impelía hacia ambientes inusitados y novedades a un ritmo frenético, en un tiempo en el que el cine que veíamos —especialmente el de adultos, que los porteros de aquel barrio contaban con el buen juicio de nuestros padres para permitirnos la entrada— empezaba ya a mostrar su deseo de alterar jerarquías narrativas y ahondar en la complejidad psicológica de los protagonistas.

Aquellos tebeos no se aventuraban en el territorio de los matices ni en la necesidad de descomponer el personaje en el mayor número posible de complejos. A diferencia de lo que en la pantalla grande estaba sucediendo, albergaban, puede que por ir dirigidos a un público eminentemente infantil, una fe ciega en la vitalidad del género, al que no daban por agotado, y aspiraban a la creación de figuras ideales cuyas peripecias precisaban del mayor número posible de palabras de apoyo.

Es ese ascendiente, que viene de los Dumas, o de Sué, o de Salgari, o de Verne, el que hacía que Mora no diera nada por sentado únicamente con el dibujo, sino que lo subrayara con las palabras, y sobre todo con los adjetivos que le parecían más adecuados en aquellos textos de apoyo, que, en el fondo, y en aquel momento, le agradecíamos también porque así se alargaba más la lectura de un tebeo que había costado una peseta y cincuenta céntimos.

Incluso me fascinaba el que los personajes, y muy especialmente el Capitán, comentasen, aun estando en solitario, buena parte de lo que les acontecía («¡Caramba, ya me había olvidado de que estas aguas estaban llenas de huéspedes tan peligrosos como estos cocodrilos!», o «He conseguido salir con vida de este pozo y ahora sé de un miserable que va a lamentar, y mucho, haber tenido la ocurrencia de arrojarme a él»), porque hacía explícito el mismo

mecanismo que algunas monótonas tardes yo ponía en marcha, solo, en una de las doce habitaciones de aquella casa, haciendo hablar a los personajes de mis recortables o a aquellos otros que, heréticamente, había extraído con las tijeras de algún tebeo. Tardes donde forjaba, sin saberlo, mi pasión por narrar historias, como los niños de Juan Marsé, que pudieran captar la atención de mis semejantes. Porque allá donde uno socializaba un balón de cuero, o unas figuras de plástico, yo podía corresponder con el relato de la última película que había visto o con una historia que era fruto exclusivo de mi fantasía.

Escuela de ética

El mensaje de aquellos tebeos podía considerarse un tanto infantilizado, pero en esas viñetas estaban ya presentes muchos de los problemas que luego encontraría narrados de otra manera en los libros sin estampas o «sin santos»: el amor, la amistad, la angustia, el destino, el gozo, el dolor... (quizá por eso Fernando Savater o Javier Marías han hablado de *El Capitán Trueno* como una de sus escuelas de ética). Sólo que en esas entregas no constituían ninguna contrariedad insalvable; antes bien, for-

maban parte de una sucesión de obstáculos a los que el héroe encontraba reiteradamente una solución feliz.

Lo importante en cualquier caso era la intensidad con que cada adversidad se vivía y que atrapaba mi interés durante una semana, el tiempo preciso para que saliera a la venta el siguiente cuaderno. Un vigor que Mora sabía que residía en la dosificación detallada, a veces hasta la extenuación, de unos pocos sucesos, en la dilatación prolija que se nutría de la concepción dramática y canónica de la tragedia griega.

La personalidad del Capitán estaba retratada en su propia estampa —moreno, unos 30 años, alto, elástico, risueño— y sólo aguardábamos al planteamiento de una nueva circunstancia hostil para verlo reaccionar como sabíamos que lo haría, variando únicamente el grado de dramatismo a expensas de la dificultad mayor o menor que aquélla entrañase. Y de sus estupendos secundarios (el gigante Goliath, el escudero Crispín y su amada Sigrid) esperábamos que coadyuvasen en la parte de la empresa que les correspondería, fieles al recurso, que en el cine empezaban a desestimar por obvio, de la mejor escuela de la narración de hazañas, en cuya lectura el niño Mora, lector de *Terry y los piratas* o de *El Príncipe Valiente*, se había dejado las pestañas.



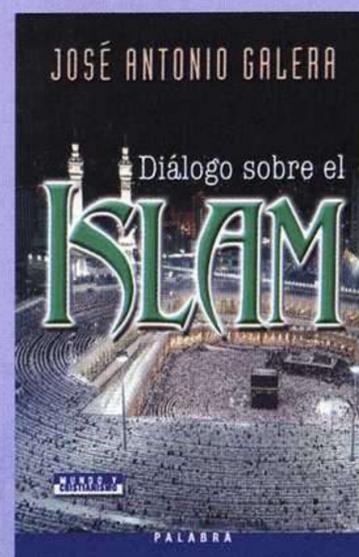
¡ESTO LO TOMO COMO UN ELOGIO... ¡Y TÚ, DEFIÉNDETE, ASESINO!

El Capitán Trueno siempre vivió rodeado de bellas mujeres; unas más peligrosas que otras. A Sigrid (imagen de la derecha), le costó confiar en el héroe.



¡TE TOMAS UNAS ATRIBUCIONES QUE NADIE TE HA DADO, CAPITÁN TRUENO! ¡YO SÉ LO QUE ME CONVIENE!

Actualidad Ediciones Palabra



Diálogo sobre el Islam

José Antonio Galera

novedad

El Islam se halla extendido por los cinco continentes, sumando mil millones de creyentes en sus más variadas "formas". En Europa, pueden contarse hasta quince millones de musulmanes.

¿Es posible que convivan las culturas cristiana y musulmana?

El primer paso es conocer lo que viven y creen los musulmanes que nos rodean.

84-9840-016-3 15 euros.



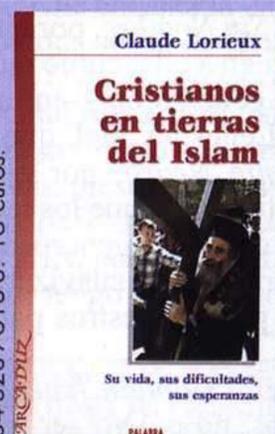
84-9840-000-7. 11,50 euros.

Del Islam al Cristianismo: mi historia

Sabatina James

Mi historia es realmente difícil de comprender cuando se crece en Europa y hay que seguir viviendo como si se estuviera en Paquistán.

"Estoy presa entre dos culturas que no son compatibles".



84-8239-618-8. 16 euros.

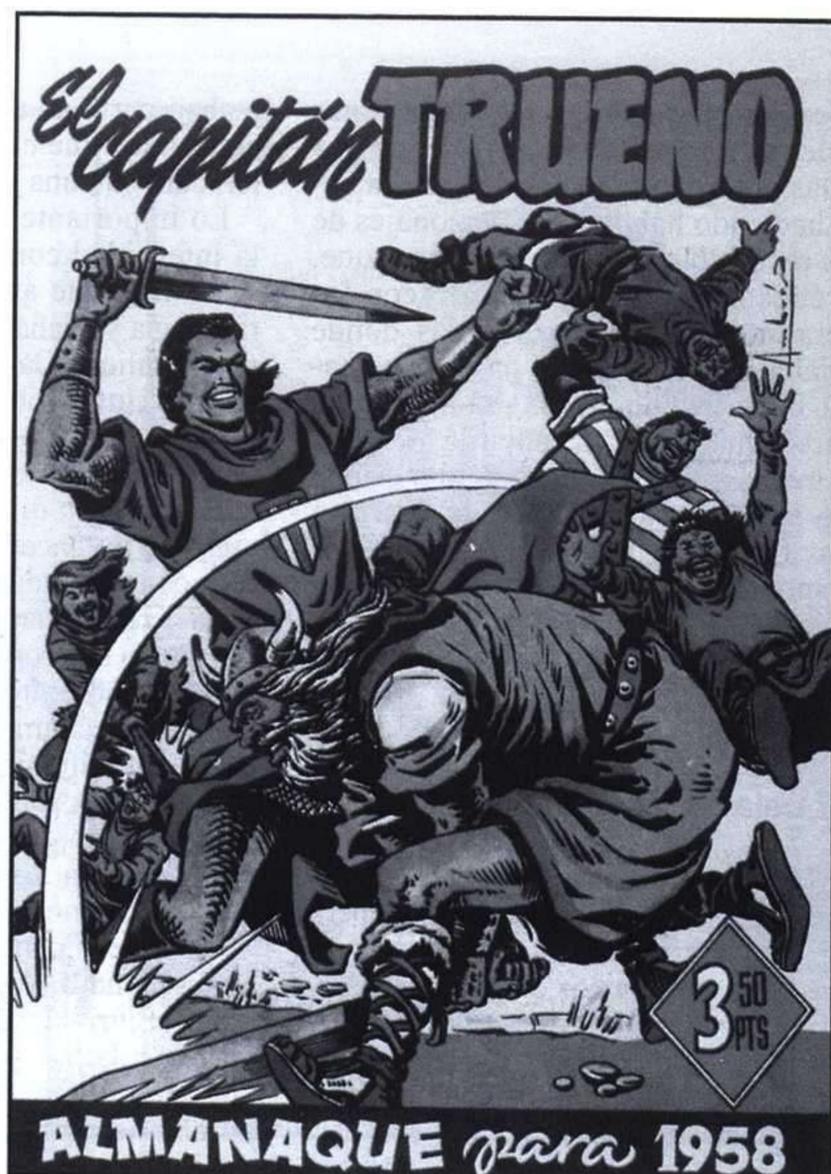
Cristianos en tierras del Islam

Su vida, sus dificultades, sus esperanzas

Claude Lorieux

En una narración chispeante pero rigurosa, Lorieux arroja luz sobre la vida de las minorías cristianas que sobreviven en Oriente Medio.

www.edicionespalabra.es
comercial@edicionespalabra.es



No era aquélla, evidentemente, la literatura que el escritor quería hacer, y de la que luego pudo resarcirse, tanto en sus novelas como en sus tebeos dirigidos a un público más adulto (como *Las crónicas del Sin Nombre*, por ejemplo), pero se entregó a ella, como tantos guionistas de su generación —mi querido González Ledesma, del que yo amaba *El Teniente Negro*, por ejemplo—, con un entusiasmo que los lectores percibíamos como un generoso regalo, como un lenitivo que suavizaba el ánimo que, a su pesar, nuestros padres nos transmitían.

Pero ahora que *El Capitán Trueno* ha cumplido 50 años, no quiero ser rehén de la nostalgia de un tiempo que fue particularmente gris y desolado. Como tampoco deseo caer en las lecturas políticas de un signo u otro, ni para afirmar, como unos dirían, que aquello fue una apología del sentimiento de Cruzada con el que la Iglesia había amparado la sublevación militar de 1936 (lo que sería

tan mendaz como la mayoría de las cosas que se dicen sobre *El Guerrero del Antifaz* o *Roberto Alcázar y Pedrín*), ni para aseverar, como otros, que en el escudo del Capitán se podía entrever un homenaje a la senyera, o en su calzado un tributo a las *espartenyas* del pueblo, o que, ya rayando en el paroxismo, en la lectura que el héroe hacía de la *República* de Platón se ocultaba un guiño al Régimen democráticamente elegido en 1931. Ni siquiera haré alusión al posible feminismo o profeminismo de la heroína, esa rubia princesa de Thule, habiéndola precedido tantas otras, buenas y malas —las de Milton Caniff, sin ir más lejos—, que exhibían igual o mayor desparpajo.

Tampoco jamás me he dejado influir en la revisión de este título por el hecho de estar enterado de la militancia comunista de Mora, en tiempos en que el antifranquismo fue inferior al que hubo tras la muerte de Franco, o de la condición de maestro republicano represalia-

do de Ambrós, como mi buen Julián, el favorito de mis huéspedes, el hombre que puso en mis manos la *Iliada*, el *Quijote*, la *Divina Comedia*...

Si *El Capitán Trueno* gozó del merecido éxito, como les sucedió a otros títulos de aquellos años —*El Cachorro*, *El Inspector Dan*, *El Jabato*, *El Guerrero del Antifaz*, *Roberto Alcázar y Pedrín*, *El Pequeño Luchador*, *Apache*...—, fue porque su línea argumental y sus personajes de una pieza nos introducían en una concepción de lo ficticio en la que podíamos establecer con lo inverosímil una conexión que ayudaba a paliar el tedio de un tiempo que parecía llamado a sobrevivirnos. Tal fue su grandeza, pese a que el ritmo de producción y la censura coartasen muchas de sus posibilidades. Y solamente así lo quiero recordar: como parte del quebrantado corazón del niño que un día fui. ■

*Felipe Hernández Cava es guionista de historietas.